

Monólogo desde las tinieblas (1975)

Entre diabros y culeibras

Carlos Mejía Vergara

*Y si Goyo Corrale y los demás juéramo brancos,
¿esa gente e miera, jijuna grammputa, cadajo, diría que sono diabros?*

«El pino de Goyo Corrales», Antonio Gálvez Ronceros

Antonio Gálvez Ronceros conoce las tinieblas. Nació en Chincha en el año 1932 y sintió de cerca la oscuridad que cubre buena parte del Perú rural. Esa que invisibiliza las injusticias, las contradicciones y hasta el encanto de su gente. Es desde esa bruma que el autor construye con naturalidad el universo de *Monólogo desde las tinieblas* (1975), una recopilación de veintitrés cuentos que retratan la vida de los campesinos afroperuanos de nuestra costa.

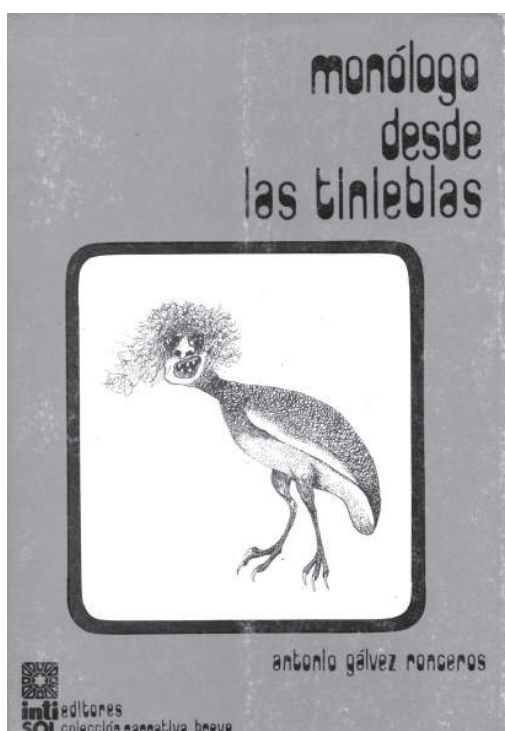
Esta realidad está dibujada con pericia, hasta en un sentido literal. A los relatos del libro los acompañan dibujos en blanco y negro hechos por el mismo autor. Estos potencian la sensación de andar por los caminos silenciosos, evocan el olor a pescado muerto y nos

ayudan a conocer el rostro del chinchano con sombrero de paja y de mirada penetrante.

Esta no es la única herramienta del autor para llevarnos a su tierra. Gálvez reproduce fielmente la fonética del afroperuano costeño tierra adentro, casi obligándonos a leer los cuentos en voz alta para no perdernos entre los «diabros» y las «culeibras» a los que hacen referencia los personajes del libro. Este detalle, lejos de ser molesto, nos sumerge en un lúdico ejercicio que nos acerca a la oralidad chinchana.

El lenguaje de este universo está inspirado en un lugar donde se habla más de lo que se escribe, por ello las historias están contadas con un vocabulario simple que recurre a las analogías para construir sus imágenes. En «Así dile», por ejemplo, un campesino pide que le digan a otro «qué no sabe agadá lampa, que su cintura se quierba como carizo pordrido y se le ariscan la mano como la jeta del buro». Estas referencias a los animales y a otros elementos del campo también ayudan a situarnos en el microcosmos propuesto por Gálvez.

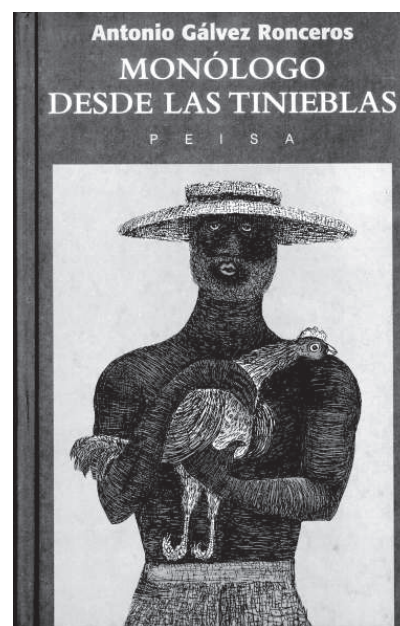
Otro elemento clave son los diálogos, pues es ahí donde disfrutamos la rica capacidad narrativa del autor y no precisamente en las historias relativamente simples que nos cuenta. Un ejemplo claro es «Jutito», donde el hijo de Juto le dijo a su padrino el negro Vallumbrosio una «temenda lisura», «temenda palaibra» que este último no quiere repetir, pues haría que él mismo se «jora». Ante la presión de su padre, Jutito revela su intención inicial: «Je... Je... Poi jorelo».



En otros cuentos, el autor encarna a alguno de sus personajes y decide narrar en primera persona, tal como en «La creación del mundo», la versión chinchana del génesis cristiano occidental. Es en este relato donde luego de crear el universo en seis días, dios «depué se jue, desapareció, no se sabe aónde». «Dicen, pue, quel mundo y el hombe aparecieron po la voluntá de Dio. Hummm... Si será verdá», concluye el narrador, con la lógica de cualquier persona que se siente marginada.

La problemática de la exclusión es transversal en todos los relatos del libro. Así lo vemos en la prepotencia de un hombre que quiere comprar el chivo de Don Maito en «iNi que yo juera inorante!», cuento narrado por un niño que escucha la discusión por la venta del animal. Al final, el viajero se retira molesto ante la supuesta ignorancia del campesino quien no quería ni treinta soles —pues le aseguró que no vendería a su animal por menos de veinte— ni billetes de diez soles. «¿Tú también creíte, comuese hombe e mala apuranza, que yo te iba a vendé? iNi que yo juera inorante!», le dijo finalmente Don Maito a su chivito.

La percepción que la comunidad tiene de sí misma está también contaminada por los prejuicios y la exclusión que vienen desde afuera. En «Burra negra», una mujer negra montada en una burra peleaba con su propio animal que no respondía a sus órdenes. «iBura negra!», la insultó, mientras el narrador de la historia salió de su huerta a observar la escena y vio que la burra era blanca.



Es evidente también que el humor está presente durante toda la obra y es una de las principales armas del autor. Un ejemplo claro es «iMiera!», donde don Andrés se entera de que el caporal Basaldúa ha estado hablando cosas feas de él, así que le dijo a su hija que escriba una carta donde diga que «su boca es una mierra, que su diente esota mierra, su palaibra un montón de mierra», entre otros insultos. Don Andrés, reflexionando luego de la lectura de su hija, le dice: «Oye, Patora, quítale un poco e mierra a ese papé».

Son esta clase de cuentos, con una extensión que apenas rellena una página completa, los más eficientes en este aspecto, evocando un formato casi de tira cómica. Esto convierte a *Monólogo desde las tinieblas* en un candidato ideal para una adaptación gráfica y que

permitiría acercar la obra del autor a jóvenes en etapa escolar y, de paso, tratar un asunto difícil como la exclusión de la población afroperuana.

En este contexto donde se habla tanto de inclusión social, un libro como *Monólogo desde las tinieblas* desencadena inevitablemente curiosidad por la población afroperuana en nuestro país. Lamentablemente, esta es difícil de saciar debido al olvido institucional de estas comunidades que se traduce en una ínfima información estadística sobre ellas. Sin embargo, pude extraer un dato revelador: hasta hace pocos años, casi la mitad de afroperuanos eran pobres.

El emblemático cuento «Monólogo para Jutito» nos sacude por su crudeza y visibiliza el olvido con el que conviven los personajes.

Aquí un padre le explica a su hijo el destino que le espera: «Y llevando el agua, enderezándole el paso a los bueyes o agarrándote dellos pa enderezátelo tú, irás despacio por lo viejo caminos sin que nadie te apure, porque a la muerte le da lo mismo que vaya despacio o ligero un hombre que ya ta muerto».

Antonio Gálvez Ronceros ha recreado minuciosamente un universo poco observado a través de su conocimiento de la idiosincrasia de la población en la que se inspira, su destreza narrativa y la construcción de sus personajes que, aunque a veces indistinguibles entre sí, ayudan a dibujar con precisión el rostro del campesino afroperuano. Y es que es más fácil adentrarnos en las tinieblas cuando empezamos a conocer las voces de los que allí habitan.